

Templos anacrónicos

El museo como casa de placer

En un discurso pronunciado con ocasión de la reciente apertura de la casa-museo Bagatti-Valsecchi en Milán, el arquitecto catalán muestra su pesar ante el panorama museístico del próximo milenio.

Óscar Tusquets

Ante todo quiero agradecer a la dirección del Museo Bagatti-Valsecchi el haberme invitado a su inauguración y a este debate. A diferencia de los otros dos arquitectos aquí presentes—Hans Hollein y Alessandro Mendini—, yo no he tenido la apasionante oportunidad de proyectar un museo. Si he aceptado estar aquí es por lo mucho que me he interesado por ellos y por los momentos de intensa felicidad que he pasado en sus salas, y precisamente porque los museos que más placer me han ofrecido a lo largo de mi vida tienen mucho que ver con el que hoy inauguramos.

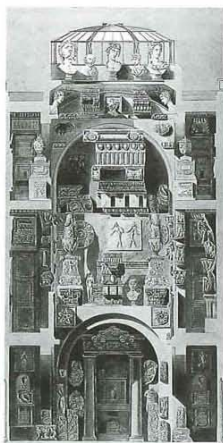
Porque cuando visitamos esta casa, auténtico monumento al anacronismo, donde dos hermanos a finales del *Ottocento* se empeñaron en vivir como en pleno Renacimiento—consiguiendo piezas originales cuando pudieron hacerlo; adaptando otras y fabricando totalmente de nuevo las más—, acuden forzosamente a la memoria los buenos momentos pasados en la casa-museo de Soane en Londres; o en el palacio Fortuny—que vosotros pronunciáis Fortuni— en Venecia, o en la casa-estudio de Hans von Stück en Múnich, o en la de Sorolla en Madrid, la de Rusiñol en Sitges o la de Julio Romero de Torres en Córdoba; o en el palacio veneciano de Isabella Stewart Gardner en pleno Boston o, sin ir más lejos, en el Poldi Pezzoli de aquí al lado... Casas hechas para vivir, que conservan el espíritu de sus antiguos ocupantes hasta tal punto que aún hoy al entrar tenemos la sensación de estar violando la intimidad de unas personas queridas.

Una tendencia irrefrenable

Nos preguntáis qué museos imaginamos para el tercer milenio, y tengo que reconocer que, por las tendencias dominantes al final del segundo, no puedo sentirme muy optimista en cuanto a mis gustos personales se refiere.

Detecto que en el mundo se extiende una tendencia irrefrenable hacia el gran museo de exaltación nacional. Aunque varias razones pueden expli-

car esta epidemia, una de ellas es, sin duda, el epatamiento que siente todo provinciano por la capital. Nuestra capital cultural sigue siendo París, y de allí nos ha llegado, de la mano de un presidente emperador y de un ex ministro de cultura que viste *pullovers* estampados a lo Mondrian, la invasión de la peor *grandeur* chovinista, del *marketing* cultural y de la demagogia populista de los grandes números. Las colas en el museo de la Gare d'Orsay son espectaculares, el número



ro de autobuses aparcados a su frente apabullante, pero las obras que antes nos emocionaban en el Palais de Tokio o en el Jeu de Paume se han empujado y banalizado.

Los grandes museos de los estados europeos provienen de las colecciones de sus antiguos monarcas y del poder imperial de muchos de ellos. Pueden existir razones para no disgregar estas agobiantes colecciones, pero ¿qué sentido tiene hacer crecer aún más los museos que las albergan? ¿No son suficientemente agotadores los

Museos Vaticanos? ¿No llegaban francamente exhaustos a la Sixtina a los esclavos de Miguel Ángel en Louvre? ¿Hace falta que estos museos crezcan aún más?

En mi país se reconoce que el caso del museo francés es objetable, pero se afirma que el Prado sí debe crecer pues existen muchas obras notables depositadas en sus almacenes. Merita. Sólo la mediocridad del arte contemporáneo oficial puede hacer creer que todo el antiguo es excelente. En las paredes del museo madrileño están expuestas muchas obras de relativo interés para el visitante especializado; añadir más obras contribuirá a desconcertarlo y a empujarlo.

Estoy seguro de que el noventa por ciento de los que acuden a estos grandes museos lo hacen con la pretensión de disfrutarlos en una sola visita, que no van a reincidir. ¿Cómo puede una persona con un estómago normal digerir en un par de horas la evolución del arte a lo largo de varios milenios? ¿Va a disfrutar del escriba sentadito de Delacroix pasados unos minutos?

Nunca me han gustado los menús gastronómicos; siempre pienso que tendré posibilidades de volver a aquel restaurante y que no tiene sentido agotar el repertorio del cocinero en aquella comida.

¿Cuántas obras maestras puedo entender, de cuántas puedo gozar en una sola visita? Disfruto desplazándome haciendo una excursión de un día por ver una sola obra: ir a Monterchio a San Sepolcro sólo para ver un Piero di Paestum para ver un *tuffatore*, La Haya para ver una chica con un perla en la oreja, a la Kenwood House para disfrutar de otro Vermeer o a casa de Wellington por un Ribera. Por eso soy partidario de que se deje de hacer el amante del arte, no el sujeto de su amor. No disfruto de las muestras antológicas, cuyas colas escandan losas tanto chillan a los políticos a turno; estas exposiciones donde tiempo del que se dispone para disfrutar de una obra está en función del ritmo con el que te empujan.



Naturalmente, objetaréis que estas antológicas y los grandes museos son los que concentran las masas de visitantes, mientras los que definiendo tienen pocos aunque intensos amantes. Merece la consabida descalificación del elitista, pero es que para mí el museo no es una escuela; no es un centro de exaltación patriótica, ni de educación cívica o de catequesis; no es un escape a la monotonía del aula, ni una excusa para las agencias de viajes. Para mí, y estoy convencido que también para algunos más, los museos han sido y son una auténtica casa de placer. Su utilidad social es proporcional al placer global que generan, por lo tanto es preferible ver gozar a algunos, pocos o muchos, que contemplar a una multitud indiferente, esos niños corriendo por las salas, escapando de la profesora; esos ancianos derrengados sacándose las sandalias si han tenido la suerte de conquistar uno de los escasísimos bancos disponibles.

Alcohólicos del arte

Por todo ello no me puedo sentir particularmente optimista respecto a los museos del tercer milenio. Los políticos van a continuar promoviendo, protegiendo, financiando y de hecho imponiendo nuevos museos más educativos, masivos, pedagógicos, coercitivos y, sobre todo, más patrióticos: en las naciones asentadas, para conservar su protagonismo; en las naciones emergentes, para afirmar su identidad. En mi ciudad, Barcelona, mientras se construyen dos grandes museos—el de arte antiguo proyectado por Gae Aulenti, y el de arte moderno diseñado por Richard Meier—se acaba de cerrar la deliciosa casa-museo del gran escultor Josep Clarà.

Sólo me queda un resquicio de esperanza: que las casas de placer como la que hoy inauguramos sean definitivamente prohibidas, así podría crearse un atractivo circuito clandestino de visitas que, con un efecto similar al que produjo la ley seca en los Estados Unidos, nos convierta a casi todos en alcohólicos del arte.



A la izquierda, fachada de la casa museo de Soane a la plaza de Lincoln's Inn Fields. Abajo, Óscar Tusquets y Alessandro Mendini en la inauguración del Museo Bagatti-Valsecchi (foto de Graziella Vigo).

A la derecha, sección por el patio central de la casa-museo londinense de Sir John Soane, en un grabado realizado por su ayudante George Bailey.